

XIII

Parábola del labrador

Las eras estaban muy limpias, todo había sido cuidado con esmero, nada faltaba a aquellos árboles de los cuales el labrador esperaba impaciente la cosecha futura.

Del arroyo cercano había derivado varios canales diminutos que corrían por aquí y por allá llevando frescura a todas partes; algunos árboles más grandes sembrados a la distancia necesaria unos de otros, daban sombra a los arbustos en cuyas ramas empezaban a verse los grupos de frutos que constituían la esperanza del labrador.

Apesar de haber sido sembrado todo con las reglas del arte, apesar de haber mantenido con escrupulosidad el aseo en las eras y de haber regado con profusión las tierras aquellas, la cosecha no parecía ser muy abundante, había ramas en las que los granos verdes eran muy escasos; había algunos arbustos de los cuales no se podía esperar cosecha alguna.

Por qué? El labrador miraba con asombro los arbustos que tan mal correspondían a sus esperanzas, buscaba la causa de una cosecha tan raquítica, daba la culpa a los abonos de que se había servido para fortalecer el terreno, acusaba a los insectos y a los pájaros que se comían las hojas, imprecaba al cielo porque había

llovido demasiado pronto o porque había llovido demasiado tarde; de todo se quejaba hasta de la tierra que, mujer al fin, unos años concedía generosa sus tesoros y otros años los guardaba en su seno con caprichos de avara incorregible.

Y no recordaba el labrador que en la limpieza de las eras, que en la siembra, que en el riego, que en todas las faenas agrícolas no había puesto nunca un poco de cariño; no recordaba que todo aquello lo había llevado a cabo impulsado únicamente por la esperanza de un producto superior al de los años anteriores: no recordaba que al regar la tierra pensaba solamente en una ganancia grande, haciendo, en la imaginación, mil cálculos fantásticos de esos que hace el avaro al contar y recontar sus monedas de oro y de plata.

Nunca acarició sus plantas, nunca las trató con cariño, nunca al darles un poco de agua o de sombra se acordó de concederles también un poco de afecto; por eso, solamente por eso, las ramas de los arbustos suyos no se coronaban de bellos granos.

Así en la vida; todo lo que damos sin amor es recibido sin amor y lo que sin amor es recibido nunca produce frutos; la misma limosna, cuando no la concedemos con un poco de cariño, no logra levantar en el corazón de quien la recibe, la santa gratitud que es la floración de los espíritus cuando están bien cultivados.

XIV

Parábola del aviador

En la ancha llanura el aparato se deslizaba con rapidez tocando apenas la superficie del suelo; en sus movimientos y en el ruido que hacía el motor se notaba el ansia inmensa que experimentaba de abandonar la tierra y de elevarse cada vez más desafiando los vientos, robando a las nubes sus secretos y rivalizando con las aves en sus vuelos prodigiosos.

El aviador al ejecutar la maniobra que obligaría al aeroplano a levantarse, sonrió confiado, mirando con cariño el motor que a poca distancia de él entonaba su canto de energía.

El aparato subió rápidamente llenando el espacio con sus rumores; al pasar frente a las tribunas extendidas en la llanura, el aviador saludó alegre a la multitud que lo aplaudía con delirio.

Siguió adelante; allá, en el término del campo de aviación, el valiente dominador de los aires quiso ejecutar una maniobra atrevida, una de esas maniobras que con su elegancia y con su rapidez entusiasman a quienes desde la tierra contemplan los movimientos graciosos de las aves artificiales que el cerebro humano, en sus grandiosas investigaciones, ha logrado inventar.

La inesperada desviación, el cambio rápido del án-

gulo bajo el cual el viento atacaba al aparato, hizo que este permaneciera por un momento como bajo la influencia de una duda, luego se inclinó sobre el ala derecha perdiendo inmediatamente el equilibrio y cayendo con pesadez sobre la superficie del suelo endonde se hizo pedazos y endonde el desgraciado aviador encontró la muerte.

Aquel hombre de valor intrépido, haciendo violencia a los naturales temores del alma y al instinto casi invencible de la propia conservación, había desafiado con placer las iras de los vientos que, rebeldes, se enfurecían y sacudían sus melenas poderosas contra las alas de su aeroplano y abofeteaban las mejillas del aviador quien, saturado de una energía extraordinaria veía en aquella bofetada una caricia y sonreía pensando en todo menos en la muerte que allá, disimulada en las espirales de un remolino, lo esperaba sonriendo también.

Todo aviador es el símbolo del impulso secreto que sentimos hacia lo alto, abandonando las miserias de la vida terrestre, saturándonos de energía allá en medio de las nubes e impregnando de fuerza nuestros espíritus en la lucha con los vientos y con las tempestades aunque sepamos que al final de todo vuelo majestuoso encontraremos el hielo de la indiferencia que es más frío que el de la muerte.

Pero no importa, la juventud debe volar hacia muy elevadas regiones llevando como timón sus ideales bellos y aprovechando todo golpe del viento de la envidia para subir cada vez más; al sentirse abofeteado por la calumnia debe sonreír, sonreír siempre como hace el valiente aviador quien, sabiendo que la muerte lo sigue por do-

quier, pasa al frente de las tribunas extendidas en la
llanura y saluda satisfecho mientras su corazón enérgico,
lleno de entusiasmos, imita, al palpitar, el ruido acompa-
sado de su motor.

XV

Parábola de la ciega que se miraba al espejo

La hermosa doncella parecía mirarse con fijeza en el espejo ante el cual una de sus hermanas la había conducido. Con los ojos negros muy abiertos parecía contemplar en la superficie pulida del cristal la imágen de su rostro bello y los contornos de su cuerpo de curvas melodiosas. No movía las pupilas, como si algo se levantara en el fondo del espejo, algo que la obligara a extasiarse y a seguir mirando con intensidad hacia el mismo punto.

Después de componerse la cabellera tocando aquí y tocando allá, al acaso, retorciendo rizos y ocultando dentro de las crenchas bien arregladas algunos cabellos que no habían querido obedecer cuando su hermana la peinó momentos antes, la pobre ciega colocó uno de sus codos sobre la pequeña mesa que sostenía el espejo y apoyó en la mano su cabeza pensativa.

Creía estar sola, por eso permaneció largo rato en íntimo coloquio silencioso con la imágen que adivinaba dentro del espejo.

Su hermana, que la miraba conmovida, se atrevió a interrumpir aquel silencio preguntándole por qué se complacía en martirizarse, ya que no le era posible ver nada en el mundo, nada.

—Miro—contestó la ciega—dentro de este espejo porque en las sombras, aún cuando te parezca imposible, hay cosas muchísimo más interesantes de las que vosotros veis iluminadas por la luz.

Los que somos dignos de lástima puesto que no gozamos de todas las bellezas que creéis monopolio vuestro, podemos darnos cuenta de muchísimos detalles que no podeis apreciar apesar de que no teneis, como nosotros los ciegos, la mirada fija y la retina insensible.

En el fondo de nuestros ojos hay algo que vibra y que nos permite darnos cuenta de las formas y de los matices de los cuerpos sin que sintamos la necesidad de verlos iluminados por la luz natural o por la luz artificial.

Nosotros no necesitamos saber si las cosas que creemos ver son reales o no; todo lo vemos adaptándolo, en sus colores y en sus formas, a la belleza íntima que nos hemos formado apesar de nuestra ceguera incurable.

Creéis que no vemos y talvez sea cierto; nosotros, por el contrario, estamos seguros de ver como se debe hacerlo aunque nuestros amigos, al compadecernos, imprudentemente nos estén causando un dolor intenso.

Nuestra mirada es fría, teneis razón, pero nuestro entusiasmo y nuestra resignación le dan calor facilitándonos con ese calor la claridad que creéis sea privilegio vuestro.

Te extraña que me mire al espejo porque supones que no miro nada sin que puedas darte cuenta de que todo vibra en mí y que todo, absolutamente todo mi cuerpo se transforma en una inmensa retina endonde se reflejan las imágenes de la vida cuando yo quiero verla, cuando mi voluntad quiere darse cuenta de lo que pasa

a mi alrededor. Comprendes? Vosotros veis porque sí, porque alguien os tuvo compasión y quiso dotaros de la vista, nosotros vemos solamente cuando con toda intensidad queremos ver, cuando nuestra voluntad se transforma en pupila y nos da la imagen de lo que necesitamos ver.

No importa que las imágenes que en nuestros ojos se formen no sean idénticas a las que hieren los vuestros, no importa: vemos y basta.

Y la ciega, haciéndose más hermosa en la contemplación, siguió mirándose y pensando también en la injusticia que se comete con aquellas almas a quienes estamos acostumbrados a creer malas sin pensar un momento que en el fondo de esas conciencias hay algo que puede vibrar produciendo bondades; ese algo es la voluntad que sólo al amor sincero le es dado despertar.

XVI

Parábola de la flor caída

Caminaba aquella encantadora joven por una de las callecillas que serpenteaban jugueteando en el jardín cuando sus pequeños pies, que parecían apenas tocar el suelo, tropezaron con algo que no era un guijarro de los que aquí y allá esmaltaban el camino ni era tampoco un tallo o una rama de las que el jardinero descuidado dejaba caídos sobre la arena del sendero.

Se detuvo la linda doncella y se inclinó a recoger aquello: era una hermosísima rosa que el vendabal de la noche anterior había arrancado de su rosal. Estaba sucia, muy sucia: el carmín intenso de sus innumerables pétalos desaparecía tras la capa de fango que en ellos se había depositado. Estaba como desmayada, se abatían las hojillas que habían sido su orgullo durante la mañana anterior: nadie habría hecho caso de aquellos despojos. Sin embargo, la delicada señorita la tomó con sus blancas manos sin temor de mancharlas con el fango, contempló la rosa con cariño y compasión durante un momento y viendo cerca una fuente que murmuraba sus quejas de amor no correspondido, se dirigió a ella y en sus frescas y puras aguas sumergió la corola abatida y limpió con cuidado cada uno y todos los pétalos de aquella flor maravillosa.

Apenas sintió el abrazo de las aguas y la caricia de las manos de la señorita, la flor se irguió sobre su pedúnculo, más bella que antes, más fresca que antes, más pura que antes.

La doncella la llevó a su nariz romana y aspiró el perfume delicioso que conservaba la flor aun después de haber sido pisoteada por quienes quisieron hacerlo.

Era tan penetrante el perfume y era tan bella la flor que la jovencita, con orgullo, se prendió la rosa en su pecho virginal aspirando a cada momento su esencia.

La flor del sendero despreciable y despreciada por quienes no supieron inclinarse a recogerla y a sumegirla en la fuente cercana se vió transformada en un momento en la rosa inmaculada que ornó con sus colores intensos y que perfumó con sus perfumes deliciosos el pecho de una virgen quien la dió como prenda de amor sincero a un gallardo joven al que adoraba.

Así en la vida. Esas flores caídas de la rama talvez por la fuerza irresistible del huracán de las pasiones guardan en lo íntimo un perfume penetrante y unos matices delicados que saben apreciar solamente quienes se inclinan hacia ellas y al contemplarlas tan hermosas las recogen y las sumergen en la fuente del cariño y del respeto para darles de nuevo vida y para hacerlas de nuevo tan puras como eran antes de que soplaran los recios aquilones de la existencia.

XVII

Parábola del Rey y de la mendiga

Era un viejo rey germano, rico, riquísimo. Su vida trascurría, como la de todos los reyes, feliz, pues ignoraba completamente la existencia de muchos seres que lo respetaban al mismo tiempo que lo envidiaban y lo temían. Nunca supo lo que era caridad porque la caridad no alberga en las salas cuyas paredes están llenas de adornos de oro y de plata y cuyas puertas se hallan siempre cerradas al murmullo de la vida. Al trono del rey, no llegaba, del mundo, sino lo que más triste idea da de la existencia, lo que explica talvez el desprecio que los poderosos sienten por los desgraciados: a sus pies se arrastraban la lisonja y el servilismo con todo su cortejo de intrigas y de mezquindades.

Nadie llegaba hasta su trono sin llevarle el eco sordo de una querrela, sin echar a sus plantas el incienso que perfuma sólo a las almas envilecidas, sin doblar la rodilla con devoción fingida para obtener un favor cualquiera; nadie se creía lo suficiente autorizado para desplegar, ante los ojos ignorantes del monarca, las tapicerías endonde el arte dejaba eternizados los gestos dolorosos de la miseria; ninguno entonaba en su presencia la canción llena de protestas y de súplicas sinceras del pobre; nadie se atrevía a pintar, con pala-

bras reveladoras, la vida que no es vida de quienes pasan por la existencia como sombras dantescas, purgando un delito que no es suyo, sufriendo y llorando sin haber pecado nunca.

Pero la revelación se hizo, quien sabe cuando, quien sabe como; el monarca, un día, se sintió menos poderoso, su orgullo se desvanecía como una visión; el placer que sentía al oír las continuas alabanzas hechas a su poderío se transformó en un disgusto continuo. Se sintió hombre y no rey; se vió mortal y no eterno como le habían hecho creer las canciones de los poetas que abundaban en su reino.

Ese orgullo desvanecido lo hizo creer en la caridad, único sentimiento que aún no había germinado en su pecho. Quiso ser caritativo, quiso ser humilde con una humildad tan grande que pudiese hacerle olvidar los mareos nauseantes que produce la humanidad vista desde arriba, cuando se es todopoderoso, cuando quienes dicen amarnos lo hacen porque nos temen, cuando los que odian fingen cariño para obtener un mendrugo de la mesa que los ricos tienen siempre preparada para calmar hambres ajenas, hambres que no saben presentarse ante ellos con toda sinceridad.

Y el rey bajó de su trono, llegó hasta el pueblo que quedó mudo ante tamaño milagro, supo calmar dolores, sanar heridas del cuerpo y del alma, atenuar desesperaciones, suprimir envilecimientos, ahogar gritos de rabia e imprecaciones sacrílegas.

Y su humildad llegó hasta el extremo de recoger una mendiga joven, llevarla a su palacio y sentarla, así mal cubierta con el único manto que ella poseía, en el trono que hasta entonces sólo él había ocupado. Y fren-

te a la princesa improvisada, el rey se arrodilló y con un gesto de piadosa devoción puso ante los pies desnudos de aquella casi desnuda doncella la corona de oro plagada de piedras preciosas que siempre se había visto por encima de todos.

El poder humillado ante la inocencia, ante la pureza, ante la verdad pura; el orgullo abatido con abatimiento sincero ante la inmensa bondad que se anida en el alma de una virgen, futura madre de quien sabe cuantas inteligencias; la corona echada a los pies de la mujer, simbolizando, talvez, la gratitud que debemos sentir hacia todo lo que, siendo débil por naturaleza, nos hace fuertes con sus entusiasmos cuando conoce nuestras victorias y con sus consuelos cuando comprende nuestras derrotas.

XVIII

Parábola del faro

El piloto había perdido toda noción de lugar y de distancia. Los fuertes embates de la tempestad habían apartado el navío de la ruta que tan bien conocía por haberla recorrido infinidad de veces dirigida siempre por el mismo hombre, a cuyas órdenes iban siempre los mismos marinos.

La noche oscura impedía darse cuenta de nada. Las lucecillas de los mástiles eran tan débiles que lo- graban apenas iluminar una zona pequeña a su alrede- dor. Las lámparas de servicio que vagaban como fuegos fatuos por la cubierta, subiendo y bajando escalas, daban idea de que los marinos ejecutaban con actividad las órdenes del comandante cuyas frases resonaban, en medio del fragor de la tempestad, como anuncios ter- rribles de futuras desgracias.

Sabían, sin comprender por qué, que estaban cerca de la costa. De cuál? A la derecha o a la izquierda del barco quedaba aquella orilla que era preciso evitar para no morir? El piloto se volvía loco, todos los marinos también porque comprendían, en la incerteza con que eran pronunciadas las órdenes, que nadie, ni siquiera el comandante, conocía el lugar endonde el barco se en- contraba en aquel momento.

Aquellas horas crueles de duda y de desesperanza se prolongaron demasiado, tanto que el piloto abandonó toda idea de salvación y permaneció silencioso dejando que el barco siguiese el rumbo tomado, cualquiera que fuese, aunque los llevara a estrellarse en las rocas que adivinaban cercanas, sin saber dónde, sin saber cuáles.

No se oían las órdenes inciertas de la bocina; solamente, de cuando en cuando, como queriendo acordarse con los rumores de las olas coléricas, la sirena entonaba su canto melancólico que despertaba en el alma de aquellos marinos acostumbrados a desafiar todos los peligros, la visión de la muerte cercana.

De pronto en las tinieblas brilló una luz lejana, de color rojizo, que se apagó enseguida como si se hubiese hundido en el mar.

El piloto levantó su vista hacia el sitio endonde aquella luz había brillado y como si en su mente hubiesen surgido recuerdos olvidados, sonrió con alegría y dió una orden que enseguida los marinos ejecutaron porque conocieron, en la firmeza con que la frase había sido pronunciada, que el jefe había encontrado la verdadera vía.

Y alegres entonaron la canción de los náufragos a la que hizo coro otra canción que habían aprendido en lejanas tierras endonde el sol radiante había bronceado sus rostros y caldeado sus almas: la canción de la eterna primavera.

Aquella luz que brilló en las sombras por un instante y que supo apreciar la mirada del piloto que nunca dormía, era la llama de un pensamiento bello que enmedio de las tinieblas de la mente había titilado un instante indicando, al alma atormentada que no ha sabido desesperarse, la única vía que conduce a la meta.

XIX

Parábola del escultor

Los grupos escultóricos originales o inspirados en obras clásicas se encuentran dispersos aquí y allá en el amplio y luminoso estudio endonde aquel artista se deja llevar, a ciegas, por la inspiración. Aquí se contempla una copia fedelísima del grupo de Leochares en el que un águila arranca del suelo a Ganimedes, y en el cual se creyeran simbolizadas, de manera exacta, las ansias de perfección que llevan al hombre sano hacia las sublimes regiones de la espiritualidad.

Allá enmedio de un número grande de bocetos apenas principados destaca su elegancia infinita una reproducción de la Nereide de Xanthos que parece deslizarse por la superficie apenas rizada del mar; más allá la Victoria de Paionios, la dulce Nike Jónica, abre sus dos brazos maravillosos con los cuales sostiene un amplio velo que se hincha mientras, por delante, su túnica graciosa se adhiere a su cuerpo dejando adivinar curvas verdaderamente encantadoras. Luego la estatua de Hipnos, el dios del sueño, que pasa con la cabeza y el cuerpo inclinados regando el sendero que recorre veloz con la esencia de opio que en un cuerno de carnero lleva guardada; más lejos la belleza mística de aquella delicada Virgen de Miguel Angel que llena de dulzura

la Iglesia de Nuestra Señora en la somnolenta Brujas.

En medio de tantas bellas concepciones del arte, el escultor cincela con entusiasmo de vidente un bloque de mármol del cual van surgiendo, como Venus de las espumas, las más melodiosas curvas, los más encantadores detalles. Cada golpe de martillo sobre el cincel esculpe una belleza nueva, eterniza una nueva concepción de arte que dormía olvidada en unos de los rincones de la fantasía de aquel artista prodigioso.

Al terminar las horas de trabajo, cuando la luz envidiosa no le permite seguir trabajando, el escultor permanece hincado de rodillas ante aquella estatua que nace evocada por su cincel pero que le es inspirada por un soplo divino cuyo origen no acierta a determinar y cuyas intenciones no se atreve siquiera a descubrir.

Adora su estatua como los creyentes adoran a sus dios, le dedica sus mejores pensamientos y le consagra sus acciones más nobles: dignifica en aquel mármol impecable su propia conciencia exaltando lo que en ella debe ser exaltado: esa inmensa aspiración hacia lo alto que obliga al mortal a superarse a sí mismo continuamente.

Sus amigos y sus discípulos lo miran con temor; ellos no aceptan que un cerebro sano pueda extasiarse, con éxtasis de amor infinito, ante la propia obra tan perecedera como son perecederas las manos que la sacaron de la nada; ellos no logran comprender cual es la razón que puede tener el compañero y el maestro para arrodillarse, con devoción sincera, ante la estatua que van modelando a golpes de cincel sus brazos musculosos.

El escultor comprende cuales dudas atraviesan las mentes de aquellos amigos suyos; dirigiéndose a los mas

jóvenes, a aquellos que lo imitan porque han adivinado en él a un verdadero gran maestro, les dice:

—Os causa admiración que ame, que adore la obra que día a día veis destacarse en este bloque de mármol que al principio era informe y tosco al igual de una inteligencia que no ha recibido iniciación alguna en los misterios de la vida; os causo miedo porque, sin duda alguna, me creis loco de atar y no comprendéis que vosotros sois los dementes, que yo al hacer esa estatua estoy realizando a Dios, a mi Dios, a ese ser divino que necesita nuestro espíritu para integrar el universo en todos sus detalles.

Nuestro deber es ese, queridos discípulos y amados compañeros, formar a Dios, buscar incesantemente la realización de Dios, hacer que de nuestras obras, de nuestros actos y de nuestros pensamientos surja nuestro Ser Supremo, nuestro Grande Arquitecto del Universo.

XX

Parábola de la tísica

La pobre tísica comprende que la pasada primavera fué la última de cuyos perfumes y de cuyos colores ha de gozar. Escucha el canto de los pajarillos alegres; a aquellas melodías encantadoras se mezclan los suspiros que lanza la tristeza de su alma dolorida.

Recuerda su amor lejano, las palabras delicadas que la pasión murmuró hace tiempos en sus oídos de virgen, las promesas de vida y de ilusión que para ella tuvo la juventud;... las sonrisas, los besos, las caricias... todo, todo terminó como una dulce fantasmagoría que hubiese embargado aquella alma delicada durante los años más cortos de su existencia.

Comprende que la nueva primavera ha de llegar, pronto, muy pronto pero a embellecer otros jardines; sabe que nuevos amores se levantarán pero para alegrar otros corazones; se da cuenta de que al terminar aquel rigoroso invierno volverán los pajarillos entusiastas a entonar sus canciones alegres como una esperanza pero experimenta una tristeza infinita porque no ignora que aquellos cantos llenarán de melodías otras enramadas que no son las que forman sus ilusiones.

En sus ojos misteriosos canta un himno la pasión, en sus labios apagados, sin sonrisas ni color, se insinúa

la nostalgia de la vida y del amor. Las canciones de otros tiempos ya no brotan como ayer, entusiastas golondrinas de esperanza y de placer: solo acuden a sus labios las querellas en tropel.

Pero esas querellas solamente las escucha el viento que va recogiendo, en silenciosa romería, los suspiros y los sollozos de las vírgenes angustiadas. Cuando se encuentra sola aquella doncella que se consume insensiblemente como un amor inmenso, lanza sus imprecaciones dolorosas que muy pronto se transforman en quejas delicadas. Pero cuando se acerca alguien, un ser que goza de salud y de energías, que escucha ese murmullo encantador que hace la vida al prodigarse por doquier, cuando a su lado llega un niño, una virgen o un adolescente que todo lo vé color de rosa y para quien existir es el detalle más bello del mundo, parece que la tísica cobra alientos de juventud, se diría que el aire trae mas oxígeno para sus pulmones debilitados y que los perfumes que se desprenden de las flores del jardín y que vienen suspendidos de los rayos del sol, al acariciar su rostro de muertecita, se transforman en colores, los mismos de las rosas y de los claveles de donde se fugaron para dar un poco de animación a sus mejillas y para hacer más brillantes sus ojos de una negrura profunda.

Aquella enferma entonces no parece enferma, canta canciones de alegría suprema, sonríe con sonrisas de satisfacción y entona laudes que son verdaderos himnos de gloria a la gloria de ser felices.

Hace de sus dolores un pedestal sobre el cual cimela con todas sus aspiraciones que nunca han de verse realizadas y con todas sus esperanzas repletas de desesperanza, la imagen sagrada de la alegría de vivir.

Ella es como el carro de Dionysos: rebosa colores y perfumes, dulzura y paz mientras bajo su yugo lanzan sus rebeldías y su sed de sangre los tigres y las panteras de la más grande de las desesperaciones.

XXI

Parábola del imán

A mi sabio Profesor de Física,
el ilustre Augusto Righi,
en la Universidad de Bolonia.

El viejo profesor de Física llegó aquella mañana más temprano que de costumbre, saludó con cariño a cada uno de los alumnos a quienes llamaba con afectuosos diminutivos, tomó asiento frente a ellos en una silla modesta y empezó su clase, como siempre; como si la anterior lección hubiese terminado unos pocos momentos antes, decía: *Acabamos de ver...* y continuaba inculcando con sus frases, despojadas de pretensiones, muchas ideas nuevas en sus amados discípulos.

Y dijo el profesor de profunda mirada y de profunda palabra:

—En Samotracia; en esa isla cuyo nombre ha sido eternizado por aquella hermosa estatua que representa una victoria mutilada y que habreis podido admirar en el museo del Louvre, los mineros notaron que algunas partes de aquellos inmensos depósitos de hierro ejercían una influencia extraña sobre los llamados anillos de Samotracia, no solamente los atraían sino, como afirmó el grande magneto humano llamado Sócrates, les concedían un poder semejante para atraer otros anillos que a su vez lo inculcaban a otros y así sucesivamente en cadena infinita de infinitos anillos de Samotracia.

Esa fuerza, misteriosa como todas las fuerzas de

que el hombre tiene conocimiento, nace en las entrañas de ella misma como todas las energías que imprimen movimientos, visibles o invisibles, a las infinitésimas partículas que constituyen un cuerpo. El magnetismo como sus avatares, la electricidad, la luz, el calor, el sonido, ejerce su influencia de manera casi misteriosa, al traves de materias heterogeneas; atrae o repele los cuerpos produciendo, eso sí, en ellos una acción inmediata, indeclinable, modificando sus moléculas, dotándolas del mismo poder místico que constituye su vida. Se prodiga sin sentirse disminuido, propaga la rara propiedad suya sin que en él se note degradación alguna, obliga a los cuerpos, con tenacidad envidiable, a dejar su actitud neutra y a trabajar, con ahinco, en la eterna modificación que constituye la vida del ser, la vida inmensa del universo infinito.

Dividió luego el sabio profesor uno de los imanes potentes que tenía en su laboratorio, volvió a dividir cada una de esas partes en otras que a su vez iba haciendo mas pequeñas; logró convertir la barra magnética en innumerable porción de invisibles pedazos que conservaban, como si fuesen el mismo imán grande, la propiedad de atraer a los cuerpos y de ejercer sobre ellos la noble influencia de transformarlos en elementos saturados de magnetismo.

Habló luego el viejo profundo de las líneas de fuerza magnética las cuales nos hizo ver con toda exactitud regando un poco de limadura de hierro sobre un papel grueso debajo del cual había colocado un imán pequeño. Las partículas de limadura, obedeciendo a una voluntad potente, se colocaban siguiendo líneas que partían de uno de los extremos del imán para terminar en el otro;

estas líneas eran muy compactas en ciertos lugares mientras en otros se veían como dispersas. Cada movimiento de la barra magnética causaba una transformación en el arreglo sistemático de las moléculas de limadura que corrían presurosas a tomar su puesto respectivo con la misma prontitud con que un soldado bien disciplinado obedece las órdenes del clarín que trasmite, en sus notas bélicas, la voluntad del general.

Para terminar su clase, el amado catedrático nos dijo:

—Teneis en el imán el mas noble de los ejemplos que debeis seguir en la vida. Como el imán, el hombre debe producir energía sin disminuir el precioso tesoro que guarda dentro de sí; debe prodigar sus cualidades, adornar con ellas a los seres que a su lado pasan, prontos a sufrir su influencia benéfica; esas infinitas partículas en que dividí el imán son, en el hombre, las ideas que madura y que riega por el mundo llevando cada una de ellas el mismo poder del cerebro que la engendró;

Pero la enseñanza más grande, más bella la teneis en esas líneas de fuerza cuya existencia acabais de apreciar merced a la limadura de hierro. Las líneas de fuerza, de influencia, digamos mejor, del hombre nacen en él y terminan en él, influyen en el campo de acción que les corresponde pero vuelven a la conciencia de la cual salieron: nuestros pensamientos, puros o impuros, a la vez que causan modificaciones en aquellos seres preparados convenientemente para recibirlos, retornan a nosotros para causarnos el bien que quisimos hacer a los demás o para causarnos el mal que tratamos de producir fuera de nosotros.

Por eso terminó aquel hombre de ciencia, por eso

debemos abstenernos en absoluto de lanzar por el mundo deseos impuros, pensamientos dotados de malevolencia, por eso es preciso que nunca abriguemos odio hacia nadie, que nunca, absolutamente nunca, salga de nuestros polos una línea de fuerza portadora de mal para nadie pues ese mal volverá irremisiblemente a ejercer su influencia nefasta sobre nosotros mismos.

El egoísmo, queridos míos, nos obliga pues a ser altruistas, a ser altruistas de verdad.

La lección de Física había terminado. El anciano profesor escuchó, con cariño y con regocijo, nuestros aplausos que le hicieron comprender como hacía vibrar a nuestras juveniles conciencias el magnetismo simpático de su pureza y de su idealidad.

XXII

Apólogo de los fantoches

Anoche mi niña jugaba con una preciosa muñeca que le había regalado una buena amiga de casa. En un momento de descuido o talvez en un instante en que el sueño se apoderó de ella, la muñeca se deslizó de sus manos, cayendo al suelo, endonde produjo un sonido seco. Mi niña entreabrió los ojos, miró su muñeca extendida en el pavimento y dijo con acento saturado de tristeza

—Pobrecita, se ha golpeado mucho.—La levantó y acariciándola tuvo frases de intensa ternura como las que emplean las madrecitas para consolar a un hijo suyo que se ha hecho daño.

—No sufras,—le dije,—es de madera, por lo tanto no ha sentido el golpe.

Momentos después mi hija dormía y la muñeca que aún permanecía con los ojos abiertos apesar de ser de esas que bajan los párpados al ser colocadas en posición horizontal, me miraba con una mirada severa mientras por sus labios vagaba una sonrisa que bien podría ser de desdén y que también podría ser de compasión.

—Por qué me mirará así?—me pregunté.—Será que ya está descompuesto el mecanismo para cerrar los ojos?

La tomé con la derecha pero la muñeca se opuso a que la examinara. Se volvió de pronto hacia un polichinela que acostado en el lecho no dormía tampoco debido a que no tenía facilidad alguna para cerrar los ojos como su compañera.

—Polichinela—le dijo—ya sabes, nosotros no somos capaces de sentir dolor alguno cuando caemos al suelo.

—Y por qué—preguntó el alegre muñeco, incorporándose con dificultad en el lecho.

—Porque no teneis vida—le contesté yo, algo extrañado.—Porque vosotros sois de madera, de madera nada más.

—Y vosotros, de qué estais formados?—interrumpió con altanería la muñequita—Nosotros no tenemos vida, vosotros sí; esa es la única explicación que das?

—Y qué es la vida?—agregó el polichinela con su sonrisa eterna.

—Ni vosotros mismos lo sabeis.—dijo la muñeca—Según vuestros primeros hombres sabios la vida se debe a una fuerza inteligente que llamaron alma, verdad?

—Eso dijeron ellos, los animistas, pero ya no se les cree ni esto—repuso el polichinela poniéndose la uña del pulgar entre sus dientecitos apenas visibles.

—Tienes razón—le contestó su compañera—la vida es el conjunto de fuerzas que resisten a la muerte.

—Brillante definición. No había de ser un hombre quien la debía enunciar. Nuestros filósofos, porque aunque te extrañe, entre los polichinelas hay muchos filósofos, habrían dado una definición menos perogrullesca. También los muñecos vivimos puesto que en nosotros se ejerce un conjunto de fuerzas que resisten a la muerte

que para nosotros, como para vosotros, es la destrucción de la materia de que estamos formados.

La muñequita contoneándose y con un acento de ironía mal reprimida agregó:—Todo ser vivo ha sido creado para vivir en un ambiente determinado y de manera dada como si tuviese una misión particular que llevar a efecto.

—Tienes razón—le contesté—eso afirman algunos hombres. La finalidad consiste en una adaptación de todos los seres a un plan general del universo, a una concordancia armónica universal.

—Cuántas palabras, amigo mío—repuso el maldito polichinela.—Crees que nosotros no tenemos una misión particular que llevar a efecto como dices tener tú y todos tus semejantes? Pregúntale a tu chiquitina a quien tanto adoramos y oirás que también nuestra pobre humanidad de muñecos está adaptada a un plan general del universo, a eso que tú con tanta ramplonería llamas concordancia armónica universal.

—No, polichinela mío—dijo la muñeca—nuestro interlocutor te contestaría como contestan los metafísicos que no es una concordancia armónica en el universo sino una concordancia armónica también en el ser mismo, en su constitución, en su estructura, en sus funciones individuales y no en la adaptación recíproca de todos los seres unos en relación con los otros. Ves—dijo mirándome con sorna—ves como conozco las charlas que bajo el nombre de filosofías haceis vosotros los hombres?

—Esa es la finalidad interna, amiga mía—le contesté con orgullo para que viese que yo también conocía todas esas teorías.

—Finalidad que no dice nada—replicó el polichi.

nela a quien no convencía ningún argumento—puesto que también en nosotros, en nuestro interno, cada una de las piezas de que estamos formados guarda una relación íntima, fundamental con las demás.

—La vida es la utilización de los elementos que le da la materia—afirmé yo—la vida coordena esos elementos materiales y los organiza dándoles una dirección particular.

—Y qué más?—preguntaron con sorna ambos fantoches.

—Qué más?—dije un poco molesto—La vida es...

—La vida es la vida, verdad? Para vosotros es vida lo que se parece a lo vuestro, es muerte lo que se presenta diverso de vuestra vida: la luna es un mundo muerto; lo que no vive en la misma forma en que vivis vosotros, eso es muerte; por eso nos llamais seres inanimados sin meditar un instante siquiera que son inmensas vuestras pretensiones al querer definir lo que no es vida cuando no sabeis a ciencia cierta lo que es la vida tal como la viven los hombres. También nosotros tenemos vida; según lo dijo un poeta y advierte que de eso saben más los poetas que todos los hombres juntos, la vida es un sueño...

Dijo el polichinela y se echó de espaldas en la cama disponiéndose a continuar su sueño eterno, cosa que imitó en el acto su compañera, la muñeca de ojos móviles.

XXIII

Apólogo de las aguas

A la gentil Apaikan

Como obedeciendo a un llamamiento general llegaban a aquel rincón del bosque las aguas tranquilas del lago, las tumultuosas del torrente, las dulces de la lluvia, las saladas del mar, las puras de la fuente, las melmosas del pantano, las cristalinas del rocío, las frías de la nieve que se deshace, las calientes de los manantiales térmicos, todas, todas las aguas se encontraron pronto reunidas a la sombra de aquel bosque virgen cuyos árboles maravillados se inclinaban curiosos para escuchar las palabras que aquellas visitantes iban a pronunciar.

Tomó la palabra el brazo de mar quien, orgulloso por los tumbos sonoros que daba en las rocas de la costa cercana, pretendía dominar con su voz autoritaria el tumulto que hacían las demás.

—Soy yo el representante de las aguas, el único representante del elemento líquido. Yo encierro en mis abismos inmensos la verdad de las aguas; en mi seno se esconden los tesoros que no tienen ni la fuente ni el arroyo, ni el río, ni el lago, ni el pantano, ni la lluvia, ni la nieve, ni el rocío, los tesoros que produce el agua, cuando es verdaderamente agua. Decidme vosotras—continuó el brazo de mar con acento irónico—cual de

todas cuaja en su fondo las perlas valiosas que tanto lucen en las manos de las mujeres, esas ondinas que juegan con las rachas del viento y que retozan con los hilos de luz del padre sol; cual de vosotras hace que su seno se vea adornado por los encantadores corales y por las graciosas esponjas; cual mueve su superficie rizándola con elegancia y levantando a veces hasta el cielo el blanco inmaculado de sus espumas; cual acaricia con felina mansedumbre los contornos de diosa de las arenas regadas en la playa y sacude con ira mal reprimida sus cóleras contra las rocas que se oponen al desarrollo de la energía de las aguas? Convenceos—terminó con aire de protección el orgulloso brazo de mar—el único verdadero representante de los esfuerzos del agua soy yo, nadie mas que yo.

Callaron por un instante las demás aguas; parecía como si todas se creyeran ofendidas con las palabras que acababa de oír. Las ramas de los árboles cercanos que nunca habían visto el mar, al oír aquella manifestación de energía inesperada, se movieron con entusiasmo como si aplaudieran las frases de vanidad con que el brazo de mar había interrumpido el silencio sagrado del bosque.

Una vocesilla dejó oírse, débil como si viniese desde muy lejos sentada en las alas de la brisa.

—Qué orgulloso está el hermano mar! Qué haría él de sus perlas valiosas, de sus ondinas legendarias, de sus corales ruborizados, de sus esponjas vanidosas y de sus cóleras impotentes si no existiera allá, en lo más alto de la sierra lejana, una fuentecilla silenciosa rodeada de musgos y de otras yerbas humildes? Soy yo—continuó aquella voz haciéndose más fuerte conforme

hablaba—la que encierra dentro de sí la verdad de las aguas. De mí naceis todas vosotras, soy yo quien os alimenta, es de mi seno de donde surgen vuestras fuerzas; de mí, solo de mí depende vuestra existencia. Decidme, cuál de vosotras siguiendo los diminutos canales subterráneos va recogiendo los hilos de plata perdidos entre arcillas repulsivas y arenas avaras, entre rocas insolubles y entre minerales que se deshacen con solo lamerlos; cual de vosotras reúne en uno solo todos esos canales y sin miedo a nada, como una idea que surge de un cerebro, se lanza a la luz del sol ansiosa de libertad; cual de vosotras, después de haber creado un arroyuelo que luego se convertirá en torrente, vuelve a sumergirse en los misterios de la tierra, en busca de nuevas filtraciones para impedir que os falte líquido y murais agotadas, tendidas en los desagües que con tanta fatiga habeis podido cavar? Cual de vosotras vale más que yo? No soy, entre las aguas, la única poseedora de la verdad original?

Las ramas de los árboles vecinos oyendo aquella disertación acerca de subterráneos que no conocían y de misteriosos canales escondidos quien sabe donde, se movieron con alegría como si aplaudieran las frases de vanidad con que la fuentecilla había interrumpido el silencio augusto del bosque.

—Más que la fuente porque mis aguas son muchas y más que el mar porque las gotas que me forman no tienen ningún sabor desagradable y ningún olor repugnante, soy yo el merecedor de la distinción que os disputais. También yo cuajo en mi seno bellísimos bosques de algas y de otras plantas acuáticas; también yo tengo tesoros que no se conocen porque nadie se atreve

a sondearme; también yo, de cuando en cuando, rizo con coquetería adorable mis ondas sin llegar nunca a perder mi aplomo encolerizándome contra las orillas que me aprisionan. Soy un espejo en el cual se miran, con complacencia de mujeres coquetas, las estrellas que desde el cielo me sonrien cariñosas por el servicio que les presto. Todos me aman, muchos me admiran, nadie me odia; por eso y por muchas cosas que callo, soy digno de ser el único representante de las aguas, el único poseedor de la verdad eterna.

Calló; las ramas de los árboles cercanos, oyendo aquellas frases endonde se hablaba de algas y de otras plantas que ellas no conocían, se movieron con frenesí como si aplaudieran los desahogos presuntuosos con que el lago había interrumpido el silencio profundo del bosque.

Deshojando las flores de sus espumas llegó el río caudaloso; al golpear contra las piedras que se hallaban a su paso parecía entonar una canción heroica, el poema del Cid de las aguas de las cuales él se creía el Campeador.

—Yo soy el único digno depositario de la verdad de las aguas. Llevo mucho caudal, el ruido que provocho os lo demuestra, soy fuerte como pocos, si me acompañais hasta el mar me vereis en duelo gigantesco con las olas del océano a las cuales venzo obligándolas a formarme una guardia de honor mientras mis aguas avanzan victoriosas internándose en la azul inmensidad a la cual, generosas, van dulcificando. Ninguno de vosotros puede desplegar tantos títulos de hazañas raras como yo, pues además de vencer al mar, he vencido a las rocas horadándolas con el objeto de abrirme un camino entre

ellas, he vencido al hombre, al hombre omnipotente de quien nunca he querido ser vasallo: rompo los diques con los cuales ha pretendido ceñir mi cuerpo, destruyo los puentes que sus manos fabrican para atravesarme sin peligro alguno, inundo sus ciudades para darme el placer de verlo arrodillado, pidiendo a las alturas el perdón de sus culpas infinitas. Soy el todopoderoso; llevo en mi corriente la verdad de las aguas; por eso debo ser reconocido por vosotras como el símbolo de la potencia nuestra.

Hubo un silencio profundo después del cual las ramas de los árboles vecinos, al escuchar aquellas manifestaciones en las que se hablaba de diques, de puentes y de ciudades que nunca habían visto, se movieron con entusiasmo como si aplaudieran las frases vanidosas con que el río interrumpió el silencio majestuoso del bosque.

—Vencer al hombre!—exclamó con infinito desprecio el pantano—Esa no es una labor heroica! Es tan impotente ese omnipotente ser, que yo mismo, con los miasmas fétidos que hago levantarse del fondo de mi lecho, he podido vencerlo de una manera radical: el hombre a quien yo tumbo no es capaz de levantarse de nuevo. Mis aguas están saturadas de una energía invisible, más poderosa que la del mar y más poderosa que la del río. Yo soy el único defensor de nuestra integridad; las legiones de microbios que en mi seno se desarrollan, valen mucho más que los decantados tesoros que duermen su sueño sin despertar en el fondo del lago azul y en el fondo del mar. Debo pues ser el guardián celoso de nuestra verdad, soy el representante único de esa verdad a la cual dedicamos veneración sincera.

Calló el pantano y de la superficie oscura, como

obedeciendo a una orden imperiosa, se levantó una nube de mosquitos mortíferos. Las ramas de los árboles cercanos, al ver aquella legión de defensores de las aguas que sin hacer ruido alguno iban a esparcir la muerte por doquier, se movieron con alegría como si aplaudieran las palabras fatídicas con que el pantano había interrumpido el silencio imponente del bosque.

—Seré yo la última,—dijo con modestia el agua de lluvia—seré yo la última en este congreso de vanidades sumas. Y hablaré, no para recordaros que yo, allá en medio de las nubes a quienes azotan los vientos envidiosos, preparo el advenimiento de todas las aguas del universo; hablaré, no para vanagloriarme, como habeis hecho vosotras, de que sin mi labor silenciosa e invisible, más silenciosa que la de la fuente y más invisible que la del pantano, ninguna de vosotras existiría; hablaré, no para recordaros que al beso del padre sol mis gotas forman el arco irisado que sirvió de signo de alianza entre Dios y los hombres; hablaré para haceros ver que todas poseemos esa verdad cuyo monopolio quiere tener cada una de nosotras. La verdad del agua está en la fuente que murmura quedamente en los diminutos canales subterráneos, allí se manifiesta como precursora; la verdad del agua se agita en los tumbos incesantes del brazo de mar y en las cascadas del riachuelo y del río: allí se manifiesta como fuerza viva; la verdad del agua duerme en las profundidades azules del lago encantado: allí se manifiesta como energía latente lista siempre a transformarse en fuerza viva como la del río y como la del mar; la verdad del agua pulula entre las gotas verdes del pantano: allí se presenta como creadora de gérmenes destructores; la verdad del agua está

en los cristales de nieve endonde se manifiesta en su belleza sólida así como en las gotas de rocío endonde despliega toda su belleza líquida; en fin, la verdad del agua satura mis moléculas porque en mí se reúnen la potencia creadora y la potencia fecundadora. Todas somos el símbolo de esa verdad, ninguna de nosotras la posee en más alto grado que las demás.

Dijo la lluvia, y las aguas reunidas callaron sin saber qué contestar, agradecidas a quien había sabido reconocer los méritos de cada una sin deprimir a las otras.

Las ramas de los árboles vecinos, extrañadas con aquellas palabras que lograron callar tantas vanidades manifiestas, se agitaron con frenesí como si aplaudieran las ideas conciliadoras con que la lluvia había interrumpido el silencio profundo del bosque.